

ANTONIO CISNEROS CAMARA.

I

AYER Y HOY.

(Fragmento.)

Ayer para hacer picas, se buscaba
El hierro en las entrañas de la tierra,
Y ese hierro sembraba
Luto y desolación y espanto y guerra.

Ayer, carbón y leña se encendían
Para arrancar la vida á fuego lento
A los que el porvenir ya presentían,
Vuelo dando á su libre pensamiento.

Ayer, el duro tronco de los pinos
En horca la justicia transformaba,
Horca vil que en las plazas y caminos
La barbarie del siglo pregonaba.

Hoy, siervo dócil del ingenio humano,
Y en rieles convertido
Que el monte cruzan, la ciudad y el llano,
El hierro la distancia ha suprimido
Y á los pueblos del orbe ha confundido
En fraternal abrazo soberano.

El carbón, que al arder chisporrotea,
No convierte en ceniza
A un mártir de la ciencia ó de la idea:
Ya el agua en la caldera evapORIZA,
Humo arroja la altiva chimenea,

Y ruge el monstruo y rápido se lanza
Infinitas distancias devorando,
Por doquiera llevando
Paz y amor y riqueza y venturanza.

Del erguido madero
No pende el infeliz ajusticiado,
Pasto ofreciendo al buitre carnicero:
En poste transformado,
Que el hilo telegráfico sostiene,
Es la vestal moderna que mantiene
El pensamiento, el fuego más sagrado.

Ya la palabra humana,
Eléctrica centella
Lleva, hasta la comarca más lejana
¡Tal vez desde una estrella hasta otra estrella
La llevará mañana!

II

RAYITO DE SOL.

Todos los días por la mañana,
Cuando el Oriente ya se engalana
Con su más puro, vivo arrebol,
Por las rendijas de mi ventana
Entra un rayito claro de sol.

Y sin que á nadie permiso pida,
Que la etiqueta desconocida
Le ha sido siempre, llegando va
Hasta la cuna donde dormida
Plácidamente mi niña está.

Ni al dulce sueño de la inocente
Respetos guarda, pues imprudente
Del cortinaje pasa al través,

Y un beso deja sobre su frente,
Tiñendo en grana su nívea tez.

La pobrecilla se despereza;
Sus lindos ojos á abrir empieza,
Y palpitante ya de emoción,
Alza su rubia gentil cabeza,
Y á hablar se pone con el bribón.

¿Qué es lo que dice? Sólo lo sabe
Quien del enigma tiene la clave
De ese dialecto que en modular
Se afana el niño, se empeña el ave
Cuando aun el vuelo no puede alzar.

Pero conversa. . . ¡si lo estoy viendo!
Y me parece voy entendiendo
Lo que mi hijita cuenta, locuaz,
Al ígneo rayo que, sonriendo,
De resplandores baña su faz:

—“Amigo mío, mi buen amigo,
Muy enojada me hallo contigo
Porque á la cita faltaste ayer;
Si no lo crees, mamá es testigo:
Le he dado mucho, mucho que hacer.

Lloré tres horas consecutivas;
Ni las caricias más expresivas
De su infinito y ardiente amor
Calmar pudieron las ansias vivas,
Las expresiones de mi dolor.

Razón tenía para estar triste,
Que de los cielos tú no viniste,
—Cielos hermosos donde moré!—
Y nueva alguna no me trajiste
De los hermanos que allá dejé.

¡Ángeles puros! ya no los veo;
Pero percibo de su aleteo
El armonioso vago rumor,
Y hasta sus himnos escuchar creo,
Himnos de gloria, de paz y amor!

Pero si hay cantos allá en los cielos,
Aquí en la tierra dicha y consuelos
Hallo en mis padres: por mí los dos
Se imponen tantos, tantos desvelos,
Que sustituyen á nuestro Dios.

Es mi sonrisa su goce santo;
Lágrimas vierten si vierto llanto;
Yo soy la estrella, soy el fanal
Que en estos mares de desencanto
Les marca el rumbo del bien y el mal.

A Dios le pido que de mi madre
El noble seno jamás taladre
Ruda congoja, martirio cruel,
Y que proteja siempre á mi padre. . . .
¡Ruega por ella! ruega por él!

¡Cuánto me adornan y cuánto me aman!
¡Sus bellos dones en mí derraman!
¡Cómo me cuidan si enferma estoy. . . .!
Dí á mis hermanos que me reclaman,
Que aquí me quedo, que no me voy.”

Así murmura mi pimpollito,
Y lo murmura quedo, quedito,
Mientras los ojos cerrando va;
El rayo páрте, páрте el rayito,
Mas sus visitas repetirá.

JOSE T. DE CUELLAR.

I

EL VIENTO DE LA NOCHE.

¿Oyes? Ya baja á nuestro espacio umbrío
De las etéreas alas
El viento de la noche rudo y frío
Rasgando nubes con sus negras alas.

¿Oyes? Como rumor de tristes voces.....
Ecos de llanto, vuelos de suspiros.....
Como tropel de ayes..... como voces
De incomprensibles y volubles giros.....

Es que el viento recoge con empeño
Escorias de dolor, restos de llanto,
En la hora del sueño,
En que por bien de Dios se olvida tanto.

Es que el viento, divino mensajero
De la morada pía,
Barre el valle de lágrimas entero;
Pues si la aurora del risueño día
Viera tanta miseria..... no saldría.

II

ALARCON.

(Fragmento.)

Libre la fama por el orbe todo,
¡Alarcón! repitiendo,
Su alto triunfo pregona placentera,
Y orgullosa la patria en que naciera
El vate, vibra palmas de victoria
Y entusiasmada canta
Himnos eternos á su limpia gloria.
Venid á regar flores,
Venid á dar al viento vuestros cantos,
Ardientes trovadores,
Y del hijo de Tasco, del poeta,
Ensalzad el aliento soberano:
El mundo todo con respeto admire
La gloria del ilustre mexicano.
México ¡oh patria mía!
Cara á mi corazón y desgraciada,
Pláceme ver que rindes á porfía
Culto al saber, y al genio omnipotente
Tienes verde corona preparada.
Pláceme verte en tu dolor prolijo
Aunque el consuelo el porvenir no mande.
Llora, patria infeliz, era tu hijo,
Mas levanta la sien, porque era grande.....!

RAFAEL DELGADO.

I

PALMAS.

(En el centenario de Carpio.)

En dónde? —Allí. El moribundo día
 Incendiaba los términos del cielo
 Y la pálida tarde revestía
 Manto de gualda y purpurino velo.
 En Ocaso, entre cúmulos de plata,
 Cimas nevadas y lejanos montes,
 De fuego y luz radiante catarata
 Que inunda los inmensos horizontes:
 En Oriente y en zonas desiguales
 Van las nubes marinas,
 Al soplo de las auras vespertinas,
 Fingiendo esquifes y ondulantes chales.
 Rumoroso el juncal; en raudo vuelo
 De alas y trinos el vibrante coro;
 Flores sobre las aguas y en el suelo,
 Y alta cimera del palmar sonoro,
 En el azul espléndido del cielo
 Plumeros jaldes y penachos de oro.
 Próximo linde á la feraz llanura
 El templo, la heredad, el caserío.....
 Y en su lecho de arena que fulgura
 El caudaloso y resonante río
Que da á Cosamaloapam su hermosura.
 La casa del Señor..... Un techo amigo,

Un manantial de amor y de belleza.....
 Puerto seguro, en el dolor abrigo,
 Luz y perdón, alivio y fortaleza.
 La heredad..... El trabajo, el sueño breve,
 El noble anhelo que el cariño inflama,
 El fruto pingüe, y el vellón de nieve
 Que á tonsa oveja su valor no debe
 Y ardiente clima sazonó en la rama.
 La ribera, el agreste caserío,
 El huerto umbroso, el florecido prado,
 Y en las ardientes noches del Estío
 La bandola y el canto prolongado
 Que une su estrofa al murmurar del río.

¿En dónde? Aquí en la margen donde mora
 El alción pensativo y taciturno,
 Donde, cantando, en barca mecedora,
 Echa su red el pescador nocturno.
 Por otoñales lluvias desbordada
 La corriente bravía
 Arrastró entre sus ondas la morada,
 Donde nació *como ave en la enramada,*
Donde tranquilo en su niñez vivía.
 Ni ruinas, ni escombros..... Un gemido
 Parece el eco del palmar cercano.....
 ¡Qué raudas van las aguas al Oceano!
 ¡Qué rápidos los hombres al olvido!

Llanuras de esmeralda;
 Gentiles y gigantes cocoteros,
 Muelles nelumbios de marfil y gualda
 Que indolentes dormís en los esteros;

Cinta errátil de plumas voladoras
 Que hacia la costa en caprichoso giro
 Bogas por los espacios de zafiro
 Robando su carmín á las auroras;
 Brisa que entre las frondas susurrantes
 Columpias nidos y deshojas flores,
 Que del alba á los pálidos fulgores
 La sabana salpicas de diamantes;
 Espeso bosque, caserío agreste,
 Frágil barquilla, musicales palmas,
 Vago reflejo de la luz celeste,
 Templo..... faro de amor para las almas;
 Bandada silenciosa
 De blancas alas, que al nacer la luna
 Bajas del cielo en onda misteriosa
 Al sereno cristal de la laguna;
 ¿Do está vuestro cantor? Pasó cual pasa
 Por vuestra selva errante peregrino,
 De la mañana entre el cendal de gasa,
 Rumbo á la mar el pájaro marino.

Ni un lauro, ni una flor de la floresta
 Donde nació, cuando en brillante fiesta,
 Tras largos años de feliz memoria,
 A coronar Tenochtitlán se apresta
 Su alta virtud que sublimó la gloria.....
 Y vivirá por siempre en las riberas
 Que asiento dieron á su hogar natío,
 En el dulce gemir de las palmeras,
 En los remansos de su amado río.
 Y en el Señor también, en la fe pura
 Del Cristo vencedor de las edades,
 Que resiste las fieras tempestades

De la maldad, firmísima y segura;
 En la Cruz triunfadora que le inspira,
 Que fué á su vida codiciada meta,
 Raudal de inspiración para el poeta,
 Música de los cielos en su lira.

.....

Declina el sol tras el nevado monte,
 Venus descubre su fanal de plata,
 Y la tarde, ganando el horizonte,
 Recoge ya sus velos de escarlata.
 Aun alumbra el vetusto campanario
 Y derrama centellas en el río.....
 ¡Ya se pierde el agreste caserío
 En la sombra del bosque solitario!.....
 Enciende sus hogueras la alquería,
 Sus luces el cocuyo..... Soberana
 Reina la noche, y á la turba pía
 Convida á orar en santa melodía
 Con devoto tañido la campana.
 Duerme el viento y acalla la llanura
 Su triste voz..... ¡Estrellas á millares!
 ¡Cómo brilla en el polo Cinosura!
 ¡Cómo cintila en Escorpión Antares!
 Así, de las tinieblas del olvido
 Al grandioso proscenio de la historia,
 Vuelve el Poeta de laurel ceñido
 Bañado en los fulgores de la gloria.

II

SONETOS.

I

OJOZARCO.

Á LA MEMORIA DE PESADO.

Un tiempo aquí, bajo el pinar añoso
Que fecundas con plácida corriente,
De altísimo poeta, clara fuente,
Resonaba el acento deleitoso.

Hoy nada más, en tu retiro umbroso
Y entre los surcos del maizal crujiente,
Arrulla triste la torcaz doliente,
Pía en las cañas el gorrión medroso.

Rápidos vientos, al mediar el día,
Mecen tus ahuehetes colosales
Con música de leda melodía,

Y al sonoro correr de tus raudales
Parece que repiten todavía
De tu cantor los versos inmortales.

II

EN LAS MONTAÑAS.

Todo lo enerva la pesada siesta:
En el maizal el céfiro reposa,
Y busca la cerúlea mariposa
El húmedo frescor de la floresta.

Al acabar la campesina fiesta
Que en regocijo popular rebosa,
Toda la gente, en procesión piadosa,
Sube y transpone la empinada cuesta.

Cesa el petardo de atronar el viento,
Acalla el campanario su alegría
En el fondo del valle soñoliento,

Y repitiendo va la serranía
El són del tamboril pausado y lento
Y el llorar de la triste chirimía.

III

EL SALTO DE TUXPANGO.

Cuelga sobre tu lecho, turbio río,
Sus guirnaldas la muelle trepadora,
Y alegre tus riberas, zumbadora,
La estridente cigarra en el Estío.

Aquí te aduermes en remanso umbrío
Que Abril perenne placentero enflora,
Allá rompes tu linfa voladora
Por entre recio carrizal bravío.

Opreso por altísimos peñones
Sesgas entre las palmas tu corriente
Que remontan voraces los alciones,

Y el iris brota de tu espuma hirviente,
Y saltas al abismo en borbotones,
Grande y sublime y como el mar rugiente.

IV

LA CRUZ DE HIERRO.

(EN LA CIMA DEL BORREGO.)

“¡Enseña de perdón, cruz protectora,
Sobre campos de muerte levantada,
De una vida inmortal prenda sagrada
Álzate de los siglos vencedora!

“Si eres de la tormenta destructora
Y del fuego celeste respetada,
¿Seráslo, acaso, de la turba airada
Que niega á Cristo y su bondad no implora?”

Así, depuesto el victorioso acero,
Al enclavarte con piadosa mano,
Supo pedirlo á Dios soldado austero.

Y aquí serás contra el orgullo humano,
Signo de eterna paz para el guerrero,
De eterna salvación para el cristiano.

MANUEL DIAZ MIRON.

I

VERACRUZ.

¡Es mi patria..... Vedla allí!
ANÓNIMO.

Bañada por las olas atlánticas se eleva
Do hallábanse en un tiempo las ventas de Buitrón,
Y allá en su altiva frente con sangre escrita lleva
Su historia y sus desdichas, su gloria y su blasón.

Un tiempo á sus riberas llegaron las legiones
Que el genio condujera del célebre Cortés,
Y alaron de Castilla los regios pabellones
Allí donde las olas bañando están sus pies.

Y allí, por vez primera, las playas solitarias
Oyeron, inundadas de blanca y suave luz,
Que al Dios de los cristianos se alzaban mil plegarias
Desde una tienda humilde, en torno de una cruz.

¡Cuán linda, cuán risueña, ceñida de dos mares,
Se muestra á los guerreros la tierra de Colón!
¡Cuán bellos sus palacios, sus templos, sus aduares,
Los cerros y *teocallis* do rinde su oblación!

Allá sobre su lecho de flores y espadañas,
En ricos almohadones de grana, á la oriental,
De lagos circundada, de valles y montañas,
América inclinaba su seno virginal.